

HERALDO DE MURCIA

AÑO III

DIARIO INDEPENDIENTE

NÚM. 557

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la península una peseta al mes.—Extranjero, tres meses 7'50 pesetas.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 12.

MARTES 16 DE ENERO DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.

Administración: Seavedra Fajardo, 15

Política vieja

EL DÓMINE

DE MADRID Á MURCIA

El fogoso diputado republicano señor Blasco Ibañez, dijo hace pocos días en el banquete celebrado en Porta Coeli en honor de la Sra. Pardo Bazán, que si las instituciones monárquicas prestaban su apoyo á aquel sanatorio de tísicos, él lo combatiría.

Con este motivo, el Doctor Moliner ha publicado en algunos diarios valencianos un hermoso artículo, en que califica de política vieja la que inspiraba al señor Blasco Ibañez esas declaraciones, que al ilustre médico-filántropo merecían el dictado de bárbaras é impías.

Y no faltaba razón al Sr. Moliner para afirmar así: la política del Sr. Blasco Ibañez, como la que en España vienen haciendo nuestros arcáicos partidos á la antigua usanza, lo mismo monárquicos que republicanos, es una política vieja, anacrónica, de todo punto incompatible con las modernas aspiraciones.

Esos partidos, con sus jefes todos ellos indiscutibles é ilustres: con sus comités interminables: con su dogma cerrado y su criterio estrecho; con sus intransigencias y apasionamientos, que les llevan á crear óptimo todo lo hecho por cualquiera de los suyos y detestable cuanto realizan los del bando opuesto: esos partidos, compuestos más que de ciudadanos de sectarios, no pueden satisfacer á los que sienten anhelos de vivir vida política á la moderna.

El Doctor Moliner tiene razón: mejor política es la que él hace, creando un sanatorio en que devolver al pobre obrero la salud perdida en la ruda y fatigosa lucha del trabajo, é implorando para esa gran obra la ayuda de todos, lo mismo del monárquico que del republicano, del rico que del pobre, del sacerdote que del librepensador; mejor política es la política bienhechora, humanitaria y filantrópica que él hace, que la política sectaria, la política fanática, lo mismo que demagógica, así la personifique Pidal ó la determine Blasco Ibañez.

Porque la política á lo Moliner, es la política que lucha, y lucha prácticamente por el bienestar de la clase obrera, por el mejoramiento de los que sufren; y realiza con ello el fin eminentemente social de toda política que aspira á encarnar en la conciencia del pueblo.

Porque el problema—y no es esto ninguna novedad—no es hoy político, sino social: se lucha, más que por el derecho electoral, por el derecho á la existencia: se trata de mejorar la condición de los desheredados, dándoles el asiento que les corresponde en el banquete de la vida, asiento del cual les priva indebidamente la injusticia y el privilegio: se trata de acabar con las castas en que aun hoy, después del fragor de tantas revoluciones, aparecen divididos los hombres: se trata de llevar á cabo una obra de fraternidad cristiana y de solidaridad humana: se trata de dar al traste con la ignorancia, mediante la instrucción y educación: con la barbarie, mediante la cultura: con el abandono criminal de los débiles, mediante cuidados como los de Porta-Coeli; se trata, en suma, de acabar con tanta explotación, con tanta iniquidad, con tanta infamia como pesa sobre los desheredados de la fortuna, sobre los pobres parias de la moderna civilización.

Tiene razón el Doctor Moliner: los tristes, los abandonados, los menesterosos, los infelices obreros faltos de salud ganarán más con su política filantrópica, realizada mediante la ayuda generosa de todos, monárquicos y republicanos, ricos y pobres, sacerdotes y librepensadores, que con las vocinglerías de los que aspiran á soterrar un fanatismo para levantar otro fanatismo, á derribar unos ídolos para elevar pedestales á otros ídolos, á sustituir la intransigencia negra con la intransigencia roja; ambas igualmente abominables para los que reniegan de la vieja política y rinden culto á la política moderna de mutua tolerancia y de imparcial justicia.

F. Bautista Monserrat.

No cambia; es aquél bajo cuya férula aprendimos, los que aprendieran algo, la suma de conocimientos, tan limitada como la molla del dómine, que nos ingería con la dulzura evangélica de aquél adagio: La letra con sangre entra.

Es un español de los más castizos y no cambia de modo de ser. Hoy por debajo del frac ó la levita deja asomar los falzones de su luenga bata, bajo el sombrero de copa se adivina el puntiagudo gorro, espanto nuestro cuando surgía de la puerta de la clase y estábamos haciendo la caricatura de aquel hombre avellanado y cejijunto, mezcla de abadejo y de perro gruñón; hoy, en la elegante caña de indias, parecen adivinarse las disciplinas...

Cada español es un dómine. Desde el mísero pelagatos que en las plazuelas se desgajita para enseñarnos á conocer la panacea universal, el remedio de todos los males, hasta el encopetado señorón que en el Senado ó en el Congreso hace la felicidad de la patria, no hay más que un paso: el que se dá desde la escuela á la sastrería elegante.

Todos seguimos apegados á la letra del refrán y todos queremos inculcar nuestros ideales á fuerza de disciplinazos.

Todos queremos hacer á la patria feliz, pensando en que á río revuelto... podríamos topar con nuestra diéha; pero todos pensamos á lo dómine. Para regenerar hay que destruir; debemos hacer la revolución, con sus salvajismos y sus barbaridades. ¡Cómo le entusiasman las barbaridades al moderno dómine! La letra con sangre entra. Y sin embargo, no se siente con ánimos de matar una mosca; y es seguro que á la primera algarada una á explicar sus sentimientos á los racionales de un dómine. Política política hay á lo ciudadano Nerón de la Marsellesa!

Y no obstante el dómine se mueve con viveza ratonil. En los periódicos discute, hace campañas contra todo lo moderno; en el libro profundiza cuestiones de las que no entiende una palabra y que no le gustan por su demasiado modernismo; en el púlpito, en la cátedra y en los estrados se aferra á lo añejo y no quiere parar mientes en la vida moderna, por antojarsele un tantico escandalosa. ¿El dómine permitir que nadie piense? Quiá, la letra con sangre entra; pero es la antigua tal letra, son las teorías y las prácticas de nuestros respetabilísimos tatarabuelos y de aquellas costumbres y de aquella sabiduría el dómine no reputa nada por bueno, todas son doctrinas perniciosas, pensamientos atrevidos y falsas costumbres: obscenas y absurdos dogmáticos.

Por eso mira con santo horror por encima del Pirene, como diría puesto á hacer aquellas odas kilométricas, encanto de los antiguos; no basta á separarnos de esa Francia que siente á lo Zola y vive á la moderna; de allí son nuestras costumbres; de allí se ha imitado nuestra literatura teatral; de allí vienen ideas demoleadoras... ¡Horror! ¡profanación!... Santos manes de Torquemada y Narvaez, amparad en sus cuitis á nuestro inmortal y rancio dómine.

Y cuenta que todos tenemos algo de dómine, pero nos escandalizamos en público y aplaudimos en secreto; en público predicamos democracia y en secreto nos apartamos del ignorante ganapan que jadea bajo los rayos de nuestro ardiente sol, cavando la parda tierra; en público pedimos moralidad, justicia y en secreto nos burlamos donosamente de tales simplezas que los demás sean morales y justos, que á nosotros... no nos falta tiempo para regenerarnos.

Esto somos; siempre bajo el frac ó la levita vivirá el dómine ignorante y rudo, agresivo é hipócrita, que hasta hace poco no ingería sus escasos conocimientos con la evangélica dulzura de aquel adagio: «La letra con sangre entra».

Augusto Vivero.

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA.

Todas las argucias del gobierno han resultado inútiles. Los contribuyentes españoles han respondido con perfecta unanimidad al patriótico llamamiento de las Cámaras de Comercio.

Los comentarios que se hacen en Valladolid del resultado de la primera sesión son muy favorables á la asamblea.

Todo el mundo elogia los discursos pronunciados y la actitud de los asambleístas.

Creese que el acto de hoy habrá de producir resultados positivos.

Se espera con ansiedad la segunda sesión, en la que se confirmarán más las esperanzas que el público ha concebido.

El Sr. Paraiso es objeto de toda clase de atenciones, y lo mismo los representantes de las Cámaras.

El gobierno ha apelado á todos los recursos imaginables para restar fuerzas al movimiento genuinamente nacional y altamente patriótico de que es indicio la reunión en Valladolid de muchos centenares de contribuyentes y, el gobierno en éste, como en todos sus empeños, ha fracasado. La labor gubernamental lejos de quitar importancia á la obra de los comerciantes, ha contribuido á dársela extraordinaria.

El tema del gobierno ha sido: dividir y vencerás; pero ese lema es demasiado viejo para que mediante él se pueda vencer á nadie. Si pudo engañarse á los labradores haciéndoles creer, mientras estuvieron separados de los industriales, que tenían intereses incompatibles y contrarios que defender, semejante engaño era imposible una vez en presencia unos de otros; el programa de los asambleístas es demasiado claro para que nadie lo ignore, el negro y lo negro blanco.

Silvela nos ha dicho que el gobierno no admirará la enmienda del duque de Veragua, fundándose en que es un asunto escabroso que necesita un estudio especial, como se hará cuando se reorganicen los servicios.

Creo Silvela que los liberales están poco unidos y poco entusiasmados para defender dicha enmienda, que causaría al gobierno un tropiezo grave. Sobre la otra enmienda presentada por Moret nada se ha decidido.

Respecto al concierto económico informado Silvela ante la comisión de presupuestos del Congreso.

En el articulado de los presupuestos se consignará una autorización al ministro de Hacienda para poder entenderse con las autoridades regionales ó provinciales que ofrezcan garantías suficientes para llevar á cabo la recaudación, administración é investigación de ciertos tributos.

El Corresponsal.

Crónica parisiense

Ni siglo XIX ni siglo XX.—Las Exposiciones.—Paris.—Londres.—Modas.

Mis lectores estarán de acuerdo conmigo en confesar, que verdaderamente resulta muy sensible no saber en qué siglo vivimos.

Unos dicen que ya somos los hombres del siglo pasado, otros aseguran que aun pertenecemos al siglo presente y, entre unos y otros, estamos sin saber á que palo quedarnos.

Pero, como en París todo se resuelve, todo se aclara y todo se inventa, un escritor humorista nos ha dado la clave del problema y he aquí como él fija los puntos sobre las *ies*, mejor dicho, los años sobre los siglos.

Los simplicistas dicen: un siglo es un periodo de 100 años, el primer año es el número 1 y el último el 100; el siguiente principia el año 101 y así sucesivamente.

Pero los antisimplicistas arguyen: imaginemos un cuadrante destinado á contar 1.500 años de un siglo, cuadrante análogo al empleado para contar las doce horas de un medio día. La cifra 100 ocupará evidentemente en el cuadrante secular el lugar reservado á la

cifra 12 en el cuadrante de las horas. Ahora bien, cuando la aguja llegue al 100, el siglo espirará y, después, continuando su marcha, la aguja entra ya en el terreno del siglo siguiente.

Los simplicistas replican: de nuestra parte tenemos al Papa y al Bureau de longitudes que dice en su Anuario: El siglo XIX termina el 31 de Diciembre de 1900 y el siglo XX empieza el 1.º de Enero de 1901.

Los antisimplicistas reponen: nuestra opinión es la del Emperador de Alemania, quien ha decretado que ya hemos entrado en el siglo XX.

Pero como nosotros no participamos ni de aquella opinión ni de esta, decretamos solemnemente que acabamos de entrar en el siglo XIX.

Razonemos á nuestra manera. Si el año 99 de la Era cristiana fué el último del siglo primero y el año 100 el primer año del siglo siguiente y como, dígame lo que se quiera, un siglo se compone de cien años, el siglo primero debió principiar en el año 0.

Siguiendo nuestro razonamiento y siendo lógicos con nosotros mismos, apliquemos á los siglos el mismo sistema que á los años, llamemos siglo 0 al siglo primero y entonces el siglo I será el que va del año 100 al 200, etc., y por consecuencia, el siglo XVIII será el que va de 1800 á 1900, de tal manera que ahora empezamos el siglo XIX.

La estupefacción fué grande entre los circunstantes al oír tan estravagantes razonamientos.

Una señora de la tertulia en que se discutían tan graves asuntos protestaba con vehemencia; pero el escritor á quien nos referimos cortó aquel torrente de palabras, diciendo:

—Si señora, tengo razón sobrada y V. que tanto habla, según mi teoría, pertenece á la primera mitad del siglo XVIII.

Muy en breve abrirá sus puertas al mundo la Exposición Universal de París; allí podremos admirar los tesoros acumulados durante un siglo por el genio creador y civilizador del hombre, luchando sin descanso contra la Naturaleza y arrancándola uno á uno sus más escondidos secretos.

Con esta ocasión creemos interesante un poco de historia retrospectiva. organizadas en París á principios del siglo XIX.

La primera Exposición Nacional se celebró en 1793, en el Campo de Marte y su principal atracción fué la de hallarse alumbrada por la noche, mientras el resto de París permanecía envuelto en la sombra.

Desde 1801 á 1849 hubo nueve Exposiciones, todas internacionales; esta última fué muy brillante, á pesar de que los gastos sólo se elevaron á 560.000 francos.

Con la Exposición de 1855 se abrió la era de los grandiosos torneos internacionales.

El clou de aquella Exposición fué el Palacio de la Industria, que acaba de ser demolido. Los gastos de esta Exposición ascendieron á 11.336.522 francos.

Por entonces se organizaron algunas Exposiciones en el extranjero; pero la más importante fué la de Londres en 1851 que tuvo lugar en Hyde-Park, en el célebre Palacio de Cristal.

Este interesante edificio que, después fué trasladado á ocho millas de Londres á Sydenham, tenía una capacidad de ocho hectáreas y estaba construido con hierro y cristal; 3.300 columnas entre sí por arcos y cristales, representando un total de 325 kilómetros.

En París, en 1867, se abandonó el Palacio de la Industria por sus reducidas dimensiones y se celebró la Exposición en pleno Campo de Marte, siendo aquella fiesta el apogeo del Imperio.

La Europa, el Asia, la América, el África y la Océania, con sus tipos humanos, sus animales, sus plantas, sus productos naturales, sus ciencias y sus bellas artes estaban encajadas en 40 hectáreas de terreno.

La Exposición de 1867 estaba dividida en siete galerías concéntricas y había necesitado catorce millones de kilogramos de hierro; pero la suntuosidad desplegada por esta exposición fué sobrepujada en 1878 y en 1889, de las cuales no solo nos queda el recuerdo, sino magníficos edificios.

La Exposición de 1878, inaugurada por el mariscal de Mac-Mahon, nos ha legado el magnífico palacio del Trocadero, construido por Davidoud y Bourdais.

La Exposición de 1889 que tenía su calle del Cairo, de alegre memoria, ha marcado su paso con esa sorprendente torre de 300 metros, hecha como con férreos encajes, uno de los más notables monumentos de la industria metalúrgica, desafío titánico de Eiffel al arte del ingeniero.

La Exposición de 1900 nos legará dos hermosos palacios, la gran Avenida Nicolás II y el puente Alejandro III, que

con la grandiosa perspectiva desde los Campos Eliseos á los Inválidos, embellecerán más si cabe el magnífico paseo de la Concordia á la Estrella y serán como el sello gigantesco que marcará la desaparición de un gran siglo.

Pasaron los cumplimientos de pasacas y de entrada y salida de año: Los Reyes magos también han pasado al trote por la tierra y la humanidad sigue como estaba: la bella mitad pensando en la moda y la mitad haciendo el modo de satisfacer la moda.

Para todas esas solemnidades se han hecho trajes, variados como las fiestas mismas y tan elegantes como ha sido posible aun cuando la sencillez es hoy de regla.

En efecto, lo más sencillo es lo más elegante en cuestión de modas.

En este momento, más que nunca esto es verdad; pues el vestido de paño, cada vez más adoptado para todo género de toilettes se presta admirablemente á ir elegantes por el carácter de esa tela, siempre linda sea cual fuere su precio y que se armoniza tan bien con el nuevo corte de los vestidos.

La falda sigue llevándose unida, es decir, que la falda de pliegues no ha logrado imponerse. Hágase cada vez más larga, hasta con cola, sobre todo en los trajes de recepción.

Los cuellos de las chaquetas siguen llevándose muy altos, hechura Médicos que resultan muy confortables y elegantes.

Las joyas están muy de moda; pero no se lleva ninguna en los cabellos, los cuales se sujetan con un peinecillo invisible.

Antonio Ambroa

Paris 14 de Enero de 1900.



Calderón de la Barca

D. Pedro Calderón de la Barca, el poeta y dramaturgo que con Lope de Vega y Tirso de Molina constituye el corazón, lo más grande y más hermoso de la edad de oro de la literatura hispana; el que daderamente, en sus obras, sino también el espíritu de la sociedad en que vivía, por lo que sus obras son acabadísimos cuadros de las costumbres de su tiempo, nació en Madrid el 17 Enero de 1600, estudió humanidades, filosofía, ciencias y letras en la Universidad



de Salamanca, y tan luego terminó sus estudios universitarios, ingresó en la carrera de las armas, y en las campañas del Milanésado y de Flandes dió claras muestras de su valor.

En los ratos de ocio cultivaba con mucha donosura la poesía, y tal fué la fama que como poeta cobró entre sus compañeros, que habiendo llegado hasta Felipe IV, éste le hizo trasladarse á la corte, en la que fué honrado por el rey con su amistad y otros señalados honores, entre los que se contaba la concesión del hábito de Santiago y el encargo de escribir autos sacramentales y comedias que habían de representarse en las fiestas cortesanas.

En 1640 se sublevaron los catalanes á los gritos de «Viva el rey!», «Muera el mal gobierno!» á consecuencia de los vejámenes porque el conde duque de Olivares pretendía hacerles pasar, y Calderón de la Barca volvió á empuñar las armas como caballero de la Orden de Santiago. A su regreso de la guerra abrazó la vida eclesiástica, y fué primeramente capellan de honor de S. M. y de San Juan de los Reyes de Toledo, y después capellan mayor de la Congregación de Presbiteros naturales de Madrid, cargo que desempeñó hasta su muerte, ocurrida en Madrid el 25 de Mayo de 1685.

Segun unos biógrafos, la primera obra teatral que dió á luz el «Sol de la escena hispana sin segundo», como le llamó el gran Quintana, fué la titulada «El carro del cielo», escrita cuando contaba 13 años de edad, y según otros, «El mejor amigo el muerto», compuesta en colaboración con Belmonte y Rojas á los 10 años.

Lo que está fuera de duda es que Calderón de la Barca comenzó á cultivar la poesía siendo un niño; que sus ratos de ocio de estudiante, de soldado y presbítero dedicábalos á la escritura de las obras que eran fiel trasunto de lo que tras de detenido estudio sus sentidos veían en el ambiente que le rodeaban; y que sobre los grandes maestros Lope y

